

SECCION DOCTRINAL

FRAGMENTOS DE UNA OBRA INÉDITA (1)

LA MUERTE Y EL TRABAJO

I

Dios condenó al hombre al trabajo, á la mujer al dolor y á entrambos á la muerte, porque la mujer pecó por amor al deleite, y el hombre por orgullo de la ciencia; pero Dios, en su bondad, quiso que lo que impuso como castigo, fuese tambien consuelo y beneficio del hombre.

A primera vista, ¿cuál mayor pena que condenarle á morir? Y sin embargo, despues del pecado, la vida perpétua sobre el mundo sería un infierno.

El que la sufre como una carga esperando anhelante su partida á la patria celestial, estaria condenado á sufrirla perpétuamente, sin poder nunca desprenderse de ella y confundirse con su Dios; como aquellos asesinos á quienes en los antiguos pueblos se condenaba á morir amarrados fuertemente con el cadáver de su víctima.

El que, juguete de sus pasiones, hastiado de vivir, cuerpo sin alma, espíritu inerte, siempre agonizando en la cárcel de su cuerpo se viesé condenado á vida eterna, ¿cuán desgraciado sería!

El tirano soberbio apoderado de su enemigo, atormen-

(1) Estos fragmentos son del opúsculo inédito *Libro del Pueblo*, escrito por los Sres. D. Antonio Aparisi y Guijarro y D. Leon Galindo y de Vera.

taria su cuerpo con perpétua venganza y su enemigo sufriría perpétuamente; porque no podría escapársele por medio de la muerte.

El que, cubierto de cancerosas é incurables llagas, arrastra su mísera existencia de pueblo en pueblo, presa de padecimientos horrorosos é indecibles, los sufre ahora resignado, porque sabe que la muerte bienhechora en breve tiempo vendrá á librarle de ellos; pero ¿dónde la resignacion y la paciencia, si el suplicio hubiera de ser eterno? Su lábio blasfemo elevaria su voz contra la Divinidad y maldeciria la hora en que se dijo: un hombre fué engendrado.

El que muerto el corazon en el pecho ve la infidelidad de la esposa, la traicion del falso amigo, la ingratitude del desnaturalizado hijo, gime en su amargura; pero su amargura tiene el lenitivo de que su dolor tendrá término: ¿cómo habia de consolarse si supiera que hoy y mañana, y siempre, su corazon lacerado seguiria lacerándose de nuevo por la infiel esposa, el traidor amigo y el hijo desnaturalizado?

La muerte es el principio de la verdadera vida del hombre, esperanza de los que padecen y amparo de los infelices.

La muerte es la libertad.

Gracias, Dios nuestro, gracias porque podemos morir.

II

¿Cuál castigo más enojoso para el hombre que el condenarle al trabajo? y sin embargo, ese castigo no sólo hace al hombre más rico, sino que le hace mejor.

Y no sólo le hace mejor, sino que llega á ser un deleite y por el hábito continuado, más que un deleite, una necesidad.

Vosotros, lectores, que en una ú otra ocupacion os ga-

nais la vida, ¿no es verdad que cuando estais amarrados al yunque, ó al mostrador, ó al despacho, ó regando el campo con el sudor de vuestra frente, paréceos árdua y pesada cosa y suspirais por el domingo ó por la fiesta del pueblo, y llega y los pasais placenteros entre vuestra familia, ya tendidos sobre un ribazo al oreo del vientecillo agradable y saboreando los manjares apetitosos que satisfacen vuestro apetito excitado, ya aplaudiendo las obras de levantados ingenios en lujosos teatros?

Estais bien, no cabe duda, pero un rato. Al siguiente dia, á la hora acostumbrada, ¿con qué placer forjais el hierro ó extendéis en el papel vuestros pensamientos ó cavais el campo que os promete la abundancia!

Y si vienen cuatro ó cinco dias seguidos en que por accidente el yunque esté mudo, ó el sillón vacío, ó la fecunda azada ociosa en un rincón, bostezais, y cansados del descanso vais perdidos de habitacion en habitacion, sin saber en qué emplear el tiempo, y los piés os van llevando insensiblemente al taller, ó al despacho, ó al campo querido.

Y empuñais el martillo y examinais la lima y la revolveis y mirais por todos lados, como si os fueran instrumentos desconocidos.

O abris un libro y lo dejais, y tomais otro y hojeais el expediente, y mojais la pluma y borrais una columna de números.

O mirais el ribazo y arrancais la mala yerba que encontráis al paso, remeteis una piedra que está á pique de desprenderse y señalais con el almocafre el terreno que han de labrar vuestros bueyes en la semana venidera.

¿Sabeis eso qué es? es el deseo de volver á trabajar; es que estais ansiosos porque concluyan pronto los dias de forzada continua holganza; es que la ocupacion es para vosotros un placer, que os habilita para recibir con ansia los que ya os fastidian; una necesidad fisica, como lo es

el movimiento para el que le impusieran la obligación de estar inmóvil por largas horas en blandísimo lecho.

Imaginaos, pues, que todos los días son días de holganza; que teneis vida exenta de los cuidados del porvenir y millones amontonados en vuestras arcas; que no teneis que doblaros sobre el hierro ó sobre el papel para ganar el alimento, ni para formar á vuestros hijos un pequeño patrimonio; que os es innecesario, que os está prohibido todo trabajo.

Habeis pasado un mes entre placeres y fiestas: os habeis divertido... no tanto los últimos días como el primero; pero en fin, más ó ménos, os habeis divertido.

En el segundo mes, los espectáculos os van cansando: el paseo pierde sus atractivos, vais á los sitios donde concurre la gente, por costumbre; pasan y pasan muchos indiferentes; el fastidio germina ya en vuestro corazón.

Y luego este fastidio crece y se apodera de todo vuestro ser, y los exquisitos manjares son insípidos para vuestro viciado paladar y os dais á discurrir nuevas diversiones que os exciten, que os devuelvan los goces perdidos; y como todo lo facticio cansa, de allí á poco os cansais también de las nuevas diversiones.

El corazón vacío anhela algo con que llenarse; la imaginación, suelta en demasía, os dice que el tiempo tan pesado y cuyo curso os parece el caminar de un tullido que medio se arrastra apoyado en sus muletas, recobraría sus alas si os entregaseis á criminales placeres.

Y como teneis necesidad de hacer algo, de ocupar las horas que pesan sobre vosotros, probais y os entregais á la gula ó al juego ó á vergonzosas disoluciones; y el alma sufre, y se embrutece la inteligencia, y se apaga la luz divina que os elevaba hasta el Criador, y la fiebre de las pasiones destruye vuestro cuerpo. Los manjares más exquisitos son desabridos para vuestro cansado paladar; las pérdidas os enfurecen; los torpes placeres os hastian;

«siempre lo mismo, siempre lo mismo,» exclamais en vuestro profundo desaliento.

Las emociones de la pasion han destruido vuestro cuerpo y el tedio vuelve á cubriros con la sombra de sus negras alas.

¡Oh qué felices si pudierais entonces trabajar, como trabajabais antes, tendidos los nervudos brazos, polvoriento el risueño rostro, lanzando del pecho alegres canciones, ó inflamado vuestro entendimiento con la inspiracion sublime; ó embebido profundamente en complicados cálculos!

¡Cómo pasaban las horas sin sentir! ¡Con qué placer descansaríais de vuestras fatigas! ¡Con qué placer os quejaríais de ellas, como los padres se quejan de las que les dan sus hijos amadísimos! ¡Con qué placer volveríais al dia siguiente á emprenderlas animoso! ¡Con qué íntima satisfaccion acumularíais el producto de vuestros esfuerzos, pan hoy para vuestra familia, y mañana, si la muerte os sorprendiese en la mitad del camino, su abrigo contra la indigencia!

Bendito sea el Señor, que al darnos el trabajo como castigo, nos dió con él abundancia, paz, holgura, salud y virtudes.

Imaginaos un pueblo que pudiera vivir y aun gozar sin verse forzado al empleo de buena parte de sus horas en trabajos más ó ménos agradables, más ó ménos ásperos y enojosos: ¡qué sociedad debería ser esa tan viciosa y tan revuelta, tan afeminada y al mismo tiempo tan cruel!

Porque necesitando llenar su tiempo y no teniendo ocupacion, habria de gastarlo en buscar placeres inauditos y extraños. Insensible á los comunes, embotada el alma por las sensaciones idénticas, inventaria de continuo espectáculos terribles que sacudieran sus fibras y le sacasen del marasmo que lo paralizaba.

No hay extravagancia, no hay inhumanidad que los

antiguos pueblos, perezosos y soberbios no hubiesen puesto en práctica para divertirse: la torpeza, el vino, la sangre.

Es que no trabajaban: los esclavos servían á los poderosos y el erario nacional mantenía á la plebe.

Gracias, Dios nuestro, gracias, por habernos castigado con el trabajo.

Gracias, Dios nuestro, gracias, por habernos condenado á comer el pan con el sudor de nuestra frente.

LEON GALINDO Y DE VERA.



LA LIBERTAD POLÍTICA

Pavorosa y terrible es la garra del águila, pero no hay nada más terrible y pavoroso que el hombre en el delirio de la libertad.

SCHILLER.

Si las palabras no sirvieran muchas veces para encubrir el verdadero sentido de las ideas, la libertad no tendría en la tierra un sólo enemigo. Libertad pedían los cristianos á sus perseguidores cuando los soles de la idea divina inundaban de luz el horizonte y la sangre de los mártires enrojecía diariamente el circo romano; libertad pedía la Iglesia para difundir y fecundizar su pensamiento; libertad pedían San Francisco Javier y los misioneros apostólicos á los pueblos salvajes de la India; libertad piden los hombres de orden cuando reina la tiranía de la muchedumbre y la estatua de la ley se cubre con funerales crespones; libertad piden los justos para el cumplimiento de sus deberes; libertad demandaba el conde de Montalibert en el Congreso de Malinas; libertad reclama la

sana economía política contra las asechanzas del socialismo y de *La Internacional*.

También los pueblos corren siempre desalados tras esta deliciosa imagen que tiene por nombre libertad. Ella es el lábaro santo que se enarbola y consagra cuando los griegos se lanzan á la plaza pública para legislar colectivamente; cuando la sociedad romana echa por tierra los pedestales de la Monarquía y entroniza el Consulado; cuando el Imperio de Occidente sucumbe hecho pedazos al rudo empuje de las tribus del polo y nace el individualismo; cuando, desarrollado el poder feudal, los reyes de la tierra se colocan á la sombra del Pontificado; cuando en el segundo período de la Edad Media se forman las repúblicas italianas y nace la Liga del Norte en las brumosas costas del Báltico; cuando al alborear del Renacimiento triunfa la Monarquía ayudada por los pueblos contra el poder de la nobleza; cuando en 1688 se escribe y plantea el *bill de los derechos* en Inglaterra; cuando predomina la igualdad en Francia después de la memorable noche del 4 de Agosto; cuando después de 1848 se formulan las aspiraciones democráticas del Congreso de Francfort; y, finalmente, siempre que los Gobiernos de Europa tienden su mano á los socialistas.

Por esto la palabra libertad resuena en todos los ángulos de la tierra, y tiene en todos los idiomas una voz simpática que la traduce. Con efecto: las páginas de la Historia, con su reconocida elocuencia, demuestran que la idea á que nos referimos, lejos de haber nacido en las edades modernas, es la aspiración latente de todos los países, el pensamiento de todos los filósofos, el ideal de todos los políticos, la inspiración que palpita en todas las grandes obras del arte; la casta y ruborosa vírgen que en todos tiempos arranca de la lira del poeta melancólicas y dulcísimas vibraciones. Para condenar el hombre á la esclavitud debía mutilarse previamente su naturaleza; y

en efecto, mucho ántes de ser formulada la *Politica* de Aristóteles, habia ya dicho el gran poeta Homero que los esclavos perdieron la mitad de su mente por un decreto de Júpiter Olímpico. La libertad, pues, constituye la ley indeclinable de la naturaleza humana, como la gravitacion lo es de los cuerpos; como la armonía lo es del universo y como la justicia lo es de Dios.

Pero si tan grata suena siempre la libertad para el individuo y para los pueblos; si se confunde en sus orígenes con la misma naturaleza psicológica de nuestro sér y de sus deberes morales; si estando íntimamente enlazada con la idea de imputabilidad no puede abdicarse sin que pierda el hombre su sello divino, preciso es confesar que, por una aberracion inexplicable, esta palabra ha servido de antifaz á todas las grandes injusticias de la historia, y ninguna como ella pone espanto en los corazones. Sobre todo en el terreno social carece todavía de una acepcion bien determinada, pudiendo servir de bandera lo mismo á los pueblos que gimen bajo los hierros de ominosa servidumbre y suspiran por la independencia, que á las sociedades envejecidas y postradas donde casi por instinto se rechaza el temperamento de la ley moral.

Demos una ojeada retrospectiva al desarrollo del derecho público. Cuatro son las más notables formas bajo las cuales se ha presentado en la Historia la libertad política: ora confundiéndose con la soberanía, ó sea con el gobierno directo de los ciudadanos allá en los tiempos de Grecia y Roma; ora revelándose como la mayor extension de la personalidad en las tribus germánicas, cuya saludable aspiracion se exajera más tarde dando origen al individualismo del señor feudal y al excesivo fraccionamiento de la potestad pública; ora identificándose con el principio de representacion en los sistemas parlamentarios y llevando á la esfera del poder las varias manifestaciones de la inteligencia social; ora informando y produciendo la

teoría de los *derechos individuales preexistentes* limitados tan sólo, en lo exterior, por la necesidad de que se asegure la coexistencia de todos ellos.

Cuando Rousseau y Mably, identificando las libertades públicas con el gobierno directo de la muchedumbre, querían renovar el ejemplo de Esparta en pleno siglo XVIII, olvidaban que, según las mismas enseñanzas de la historia, aquel sistema no señaló el advenimiento de la libertad, sino su decadencia y su ruina, y olvidaban además que el gobierno popular directo es impotente para destruir las llagas del cuerpo social cuando éstas tienen por nombre corrupción, esclavitud ó descrédito del trabajo.

La libertad de las tribus germánicas, mejor que cuestión política, fué cuestión de raza, de temperamento y de costumbres; y como el hecho no correspondía á un orden de principios sistematizado, claro es que debió degenerar muy pronto, dando por última consecuencia el individualismo sin freno moral y la anulacion de la idea de autoridad.

El principio de representación, afianzado ya en la Carta Magna de los próceres ingleses y base del gobierno parlamentario, tenía mejores condiciones para ser nuncio y garantía de libertad. Pero al traducir las aspiraciones colectivas de un país, al llevar á las esferas del gobierno la expresión del pensamiento nacional, sólo de una manera relativa puede afirmarse que se prepare la libertad política, dependiendo este resultado de la condición necesaria de que, teniendo los pueblos clara conciencia de tal idea, tengan asimismo fuerza de voluntad suficiente para realizar su cumplimiento.

Por último, las modernas sociedades políticas, aprendiendo en las enseñanzas de la Historia que el problema de las formas de gobierno, si nó es secundario, tiene menos importancia de lo que el vulgo cree, porque, en último resultado, se debate siempre «la absorción del Estado

por el individuo, ó la absorcion del individuo por el Estado,» colocan el cimiento de la libertad en la idea del derecho humano; y, en sentir de los nuevos políticos, aquel será mejor sistema de gobierno que invada menos la esfera de la personalidad y asegure en la práctica la coexistencia real y positiva de todos los derechos.

Nosotros, sin embargo, haciendo justicia al gran progreso científico que este sistema representa, lo juzgamos incompleto.

Enhorabuena que no se exagere la importancia de las formas de gobierno; enhorabuena que la accion del Estado tienda á limitarse y circunscribirse de cada dia; enhorabuena que los poderes públicos no creen obstáculos por excesivo celo; enhorabuena que la personalidad ensanche y acreciente su energía; pero, ¿estais seguros de que la individualidad hará mañana lo que hace actualmente el Estado? ¿La falta de rémoras legales será ya un impulso suficiente en pueblos atrasados, donde domina generalmente la fuerza de inercia? ¿El sentimiento del deber llenará por sí sólo el vacío que deje la falta de accion de la autoridad? ¿Serán ya *libres* de hecho el hombre ignorante y el corrompido, cuando el ministerio de la ley no les alcance en todo aquello que no perjudica á los demás? Las naciones atrasadas ó indolentes, ¿se harán *libres* por engalanarse á la faz del mundo con la toga viril de la libertad?

Para nosotros la idea individualista, tan aceptable en varias de sus tendencias, es incompleta como criterio de derecho; quiere divorciarse de la política materialista, y cae á su vez en las dificultades del materialismo. Los que todo lo esperan de la forma de gobierno, les dicen á los pueblos:—Dilatando la accion del Estado, como Esparta, sereis libres! Los individualistas dicen á su vez:—Limitando la accion del Estado, como Inglaterra, vislumbrareis á la postre el camino de la libertad. Ni una cosa ni otra constituyen la verdad histórica.

Por nuestra parte, no profesamos en sentido rigurosamente sistemático ninguna de las cuatro ideas que hemos explicado. En el fondo tomamos algo de cada una de ellas, pero al completarlas respectivamente llegamos á una nueva teoría más amplia, más armónica y más verdadera. Así sabemos por experiencia (aún no aceptando el gobierno directo de las muchedumbres) que la dilatación de los derechos políticos suele indicar un progreso en las sociedades; así, aunque no aspiremos á la destrucción de la autoridad, creemos que los germanos prestaron un señalado servicio á la civilización ingertando la sávia de un sentimiento viril en las naciones neo-latinas; así también, aunque comprendemos los inconvenientes del sistema parlamentario y su ineficacia para curar las dolencias de carácter puramente moral é interno, juzgamos que el principio de representación simboliza la más importante de las conquistas que al través de la historia ha hecho la ciencia política; así, aunque no nos llamamos individualistas, creemos que el robustecimiento de la personalidad y la limitación del poder en todo aquello que puede practicar por sí el individuo, son indicios casi constantes de progreso social.

El problema de la libertad de los pueblos es, en nuestro criterio, una cuestión muy compleja y que presupone siempre la armonía de dos elementos necesarios: el elemento individual y el social, es decir, la disposición del individuo y de las entidades colectivas para obedecer á la ley de sus deberes; en otros términos, la carencia de obstáculos legales para la consecución de este fin. Un pueblo morigerado, culto, laborioso y de aspiraciones levantadas, no llegará á ser libre si la Constitución política ahoga la espontaneidad de sus movimientos; un pueblo bien constituido, políticamente hablando, no será libre tampoco si no tiene el sentido práctico de la misma libertad, si no respeta el derecho de *las minorías* por propio convenimiento, si no

tiene una vigorosa iniciativa, si nó educa y refrena su espíritu, si nó se impone él mismo por consideraciones del orden moral las reglas que ántes le dictaba la ley.

La libertad, pues, no es la anarquía vertiginosa, ni la licencia degradante. Al contrario: en ninguna parte aparece más visible el sentimiento del orden que en los pueblos libres y donde la acción del Estado es circunscrita.

Los estudios que se han hecho modernamente sobre el derecho público comparado, han dado por el pié á ciertas aseveraciones peregrinas que con aire de dogmáticas solían ántes difundirse y preconizarse. No existen dos ideales de gobierno completamente antitéticos; en el fondo suele haber hasta consonancia en las aspiraciones, estribando principalmente las disidencias, aparte de la apreciación relativa de las circunstancias de los países, en la cuestión del método y en el sentido de algunas palabras.

Llegará un día en que triunfen ciertas doctrinas que nuestra generación ha oído con indeferencia porque halagaban muy poco sus instintos; llegará un día en que los acertados y profundos razonamientos de Droz, Degerando y Dunoyer, colocando el problema de la libertad por encima de las Constituciones públicas y de las tablas de derechos, serán un axioma del sentido comun; llegará un día en que la opinión, más ilustrada, se ria de los mismos demagogos, porque, con capa de novadores, galvanizan ideas caducas y dan al viento estandartes de puro retroceso. Entonces aparecerá tan ridículo escribir en una ley que los pueblos *se declaran libres*, como lo sería proclamar ahora que *han de ser sábios y justos*. La libertad, á semejanza de la sabiduría, no se adquiere pregonándola: se conquista á fuerza de desvelos, de sacrificios, de virtudes, de estudio y de perseverancia.

Decir otra cosa, es engañar las esperanzas de ese *gran niño*, como llamaba Enrique Heine á las clases populares; es tender un lazo á la buena fé de los hombres confiados y

sencillos; es alucinar á la muchedumbre con el espejismo de falsos resplandores; es condenar á las sociedades á recorrer este círculo de hierro de las revoluciones y las contrarrevoluciones; es tejer y destejer perpétuamente en beneficio de unos cuantos ambiciosos; es convertir en objeto de monopolio y granjería una santa aspiración que guardamos todos en el fondo de nuestra alma; es esperar del hombre *en delirio* lo que no alcanza sino en parte, aún obrando maduramente y procurando que la razón dirija y gobierne sus instintos.

Por lo demás, la libertad con acierto definida, rectamente interpretada, reducida á sus límites naturales, subordinada á la ley del deber, es el vellocino de oro de los tiempos, es la aspiración legítima de las sociedades, y hácia ella vamos marchando de cada día en alas del progreso.

Pero la libertad que nosotros queremos y fervorosamente invocamos, no es la que se clamorea en la plaza pública, ni la que se pregoná y vitorea en los banquetes, ni la que sirve de tema á brillantes discursos y se canta al compás de las marchas patrióticas; es la libertad de los pueblos verdaderamente civilizados y dignos que, al desenvolverse, saben realizar concertadamente el equilibrio de sus elementos y facultades; es la libertad del hombre justo que logra domeñar sus ímpetus y contener el empuje de las pasiones; es la libertad que no considera la política como un mundo aparte, sino que vé solo en el gobierno una de las várias formas de la vida social; es la libertad que, más que de sí misma, vive del amor al prójimo, y cuya bandera es tres veces santa porque se tiñó un día con la sangre de aquella víctima preciosa que consumó en las alturas del Gólgotha el más sublime de los misterios.

JOSÉ LEOPOLDO FEU.

LA VERDADERA CIENCIA

El conocimiento del bien y del mal, constituye el escollo supremo de la inteligencia cuando, abandonada á su propio empuje, se propone penetrar y definir la naturaleza de las cosas. Nuestro espíritu, siempre sediento de conocer é indagar, siempre ávido de luz, engólfase en las más árduas cuestiones y llega en su deducción afanosa hasta la puerta que oculta el origen de las causas; más ¡ay! si en tan difícil trabajo alguna ráfaga alumbrá á las veces la senda escabrosa que prosigue con empeño y perseverancia, densas tinieblas la cercan y borran, extendiendo sobre ella la más medrosa y oscura noche. Fenómeno es este digno de notarse, que se observa siempre en la marcha del humano saber, y nos persuade á las claras de la insuficiencia y cortedad de una doctrina que no reconoce otras fuentes que la naturaleza y nuestra razón; verdad importante y digna de estudio; hecho reconocido por los más ilustres pensadores en todo linaje de conocimientos. Hé ahí por qué en nuestros días un hombre ilustre, el P. Secchi, después de discurrir con novedad y penetración sobre las fuerzas que rigen á la materia, exclama con acerba pena: «Grandes sombras rodean los destellos que de vez en cuando se perciben en los vastos dominios de la mecánica molecular. Cuando nos remontamos á los principios fundamentales; cuando indagamos las causas directas de los fenómenos, bien pronto reconocemos la necesidad de una causa primera, que por su sola voluntad asigne á las fuerzas límites de intensidad y dirección.»

La luz de nuestra inteligencia no es más que pequeña y fugaz chispa desprendida del foco inmenso y eterno con el que aspira á confundirse en la mente de los grandes hombres, ansiosos de verdad y de belleza infinitas, de adoración y de entusiasmo ante el sublime enigma de la creación universal. Cauchy, uno de los más esclarecidos matemáticos del mundo, prorrumpe con fervorosa expresión: «Me he persuadido de que el interés más urgente de las ciencias, aun de aquellas que parecen más extrañas á la Religión, es el de unirse como otras tantas ramas al árbol divino, que es el único que puede darles la vida y la fecundidad.» Y es

que la incredulidad tiene formidables rivales en todas esas almas privilegiadas que, elevándose tanto y tanto, han desaparecido en el espacio como los ángeles, para esparcir desde las invisibles cumbres de su pensamiento raudales de luz, que bañen eternamente los abismos de la idea y la frente de las generaciones.

Ese Oriente celestial que señalan los espíritus elevados, patentiza la impotencia de la razón sola para aclarar el misterio de nuestro origen y de nuestro destino. Después de una lucha sin descanso, de un afán sin tregua, de un pensar sin sosiego, los sábios más eminentes han ido á Dios, como la piedra á su centro de gravedad, exclamando como Pascal: «El último paso de la razón es conocer que hay una infinidad de cosas superiores á ella, y muy débil debe ser si así no lo conoce.» (1)

La inteligencia del hombre representa un combate entre elementos que la engrandecen y encaminan, y elementos que la ofuscan y dañan. El error al lado de la verdad; la luz tocando con la sombra; la percepción clara al lado de la oscuridad más completa; el bien á porfía con el mal.

«Nacemos llorando; nuestra infancia es una prolongada miseria; nuestra vida una lucha incesante contra las inclemencias, contra las fieras y contra nuestros semejantes; envejecemos tristemente, cansados de combatir, y bien pronto otra infancia más larga y endeble nos lleva á la muerte; nuestra alma se extremece, y como que anda vagando al rededor del sepulcro, pasea por los campos durante las noches, se aparece en las nubes á los bardos de Escocia, ó se vuela á reposar de tantos trabajos al seno del Criador.

»Tal es el cuadro del hombre, trazado por todos los escritores que han pensado sobre su condición.» (2)

Al propio tiempo la guerra despedaza el corazón. En él también, y como en un mismo albergue, alientan la virtud y el vicio, el bien y el mal; incesante lucha, congojosa agitación, oleaje terrible y funesto, que es imposible eliminar del triste cuadro de la vida.

(1) *Pensées*, cap. V, núm. I.

(2) Dávila: *Memoria sobre la naturaleza del hombre*.

¡Si al menos el padecer que interiormente nos devora cesara en la sociedad! Pero ¡ah! Nó. Los pueblos pelean contra los pueblos; los partidos se aniquilan y despedazan; los imperios se derriban; las escuelas y las sectas se hacen cruda guerra en su incesante fluctuacion entre la naturaleza y Dios, entre la pluralidad y la unidad, entre los seres materiales é inmateriales; y todo acusa el mismo hecho, la misma profundísima observacion que parece dominar, al decir de un pensador ilustre, toda la historia de la humanidad. A su vez la naturaleza nos patentiza el mismo dualismo, aniquilándonos y confundiéndonos con su grandiosidad y lo prodigioso de sus fenómenos.

En un espacio indefinido se mueven innumerables mundos, cuyo alejamiento no es posible formular, bastando decir que muchos han desaparecido, cuyos fulgores estamos observando por espacio de largos años, á pesar de recorrer la luz 70,000 leguas por segundo.

Ante la inmensa provision de fuerza y de calor que la naturaleza ha concentrado en el sol, nada valen y nada significan la vida animal y vegetal sobre la tierra, ni las poderosas manifestaciones geológicas de las primeras edades del mundo. En efecto, y segun Waterston, la temperatura del astro del dia es de 6.700.000 grados centígrados. Por otra parte, Pouillet ha determinado que cada metro cuadrado de la superficie del sol emite 13,610 calorios por segundo, cantidad de calor equivalente á 3.791,840 kilogrametros, ó sea, 77.232 caballos de vapor.

Por último, y para no amontonar hechos en demasia, que harian interminables estos breves apuntes, en las doce horas de un dia de verano se elevan del Mediterráneo á la atmósfera 5,280.000,000 de quintales de agua; y un solo rio, el Ganges, lleva en un año al Golfo de Bengala 180.340,100 metros cúbicos de materiales. Pero ¡triste caso! aquí, sobre la superficie del planeta, y haciendo contraste con fenómenos tan grandiosos, miles de hombres gimen faltos de luz, de agua, de espacio, de calor, de fuerza y de tantos y tantos dones como llenan con extrema prodigalidad el ámbito indefinido de la creacion.

En todas partes halla el entendimiento el mismo enigma: en el hombre, en la sociedad, en la naturaleza ¿Quién puede descorrer el velo que oculta el misterio, quién puede aclarar el se-

creto de la verdad y del error, de la virtud y del vicio, *del bien y del mal*, que en todas partes aparece para confundirnos y humillarnos? En vano preguntareis á las diferentes sectas filosóficas la causa, la naturaleza y el fin de nuestra vida. La existencia es un caos maravilloso y un impenetrable arcano para la ciencia humana; por eso la duda, *ese sueño de una sombra*, según la pintoresca expresión de Píndaro, es en ella una etapa constante, una fase eterna, que si se borra á veces es para reaparecer con mayor fuerza y vigor; por eso algunos hombres, atentos sólo á las verdades de la ciencia, cansados de tanto debate, de tanta tiniebla en las primeras y últimas nociones del saber, han arrojado, como Sisifo, de sus hombros el pesado peñasco; renovando el escepticismo, ú otros no menos ilustres se han hecho fatalistas ó enteramente pirrónicos.

Hemos dejado traslucir una cuestión trascendental, que se desliza en todo y que todo lo domina, y nos resta dejar sentado que si la ciencia puramente humana no puede orillarla, el mundo tiene principios capaces de resolverla. Sí; el mundo posee una ciencia, hija purísima del cielo, custodiada por la Iglesia; eterna depositaria de los destinos del hombre. Y esta doctrina y esta ciencia, concedora del bien y del mal, ha concertado lo que el hombre no conseguiría jamás concertar con el solo auxilio de su razón: la más alta intuición científica con el sentimiento más enérgico y ferviente. ¡Cuadro grandioso y por de más admirable! La doctrina de la Iglesia muestra en su conjunto los rasgos sobrehumanos de una evidencia ilimitada, y los colores y formas de un sentimiento certero é infalible.

La perspectiva risueña que contempla y goza el cristiano, no la alcanza jamás el hombre con el solo auxilio de su espíritu.

La ciencia, en efecto, queda en lo presente: el sentimiento penetra en lo pasado y en lo porvenir. La razón afirma la existencia del infinito, pero quédase á sus puertas rendida y postrada por la fatiga, como el peregrino que, tras larga caminata, toca al fin el umbral de la capilla que guarda la venerada imagen. Es cierto que si la razón cesa, el sentimiento no calla y que el hombre penetra por la fé natural en las regiones de la infini-

dad; pero semejante conquista solo es aparente, que el misticismo nunca fué otra cosa que un andar sin brújula ni derrotero, una aspiracion desprovista de unidad segura. Racionalismo y misticismo, razon y sentimiento: hé aquí las dos sendas de la historia, las dos fuerzas que por sí solas no bastan á resolver el gran problema de nuestra naturaleza y de nuestro destino. Consecuente sin duda con esta verdad, decia Luis Vives «que la revelacion era luz necesaria que, añadida á las cosas, abre al espíritu fecundísimo y dilatado campo.»

La observacion atenta de los fenómenos internos, ha dicho el insigne Balmes, nos enseña que el alma humana tiene aspiraciones lejanas. En los objetos que se la ofrecen no se contenta con el aspecto, bajo el cual *se le aparecen*; quiere saber *lo que son*. El alma, pues, asiente á la revelacion, atestigua la necesidad de un órden sobrehumano, porque el conocimiento del hombre no entraña *la causa, la esencia* de los fenómenos. Solo dice *lo que parecen*: nunca aclara *lo que son*. Nuestra mente no se satisface en lo puramente individual, y el sentimiento y la voluntad tienden á salir de su órbita, por decirlo así, conspirando á absorber la individualidad en el piélago de lo infinito. La ciencia tiene dos límites: ni puede pasar más allá de los axiomas, ni puede bogar por el océano infinito que descubre con el desenvolvimiento sucesivo de las consecuencias. Y no vale negarlo: al tropezar con el axioma, un exceso de luz nos detiene y ofusca; al llegar á las postreras consecuencias, un mar inmenso nos arredra, y una noche lóbrega nos ciega. Sin embargo, la verdad nos insta á seguir por ambos lados; la línea infinita la presentimos iluminada de una y otra parte de sus dos postreros puntos luminosos. El órden lógico confirma la fé. En todas partes el principio y el fin, la luz que borra la sombra, la sombra que empaña la luz, la eternidad y el tiempo, la línea y el límite, la esencia fenomenal y la sustancial, la superficie y el fondo, el ver y el no ver, lo inmutable y lo movable, Dios sobre el hombre.

La historia de la filosofía, fuera del Evangelio, solo nos muestra esas oscuridades llamadas materialismo, panteismo, deísmo, sensualismo, misticismo, escepticismo, etc., etc. Y es que el error y la causa de tantas aberraciones se hace patente; lo infinito y lo finito no pueden unirse sin un mediador interpuesto

La razon y el sentimiento son poderosas fuerzas para cooperar con Dios, infecundas para operar por sí solas.

El tentador primitivo habia engañado al hombre al decirle: «serás sabedor del bien y del mal» Solo la doctrina de la Iglesia comprende y aclara esa representacion enigmática, que se alza ante nuestra vista á los endebles resplandores del entendimiento. El genio del hombre no es de suyo tan penetrante que pueda descubrir por sí sólo las verdades matrices é importantes. Aun dentro del órden temporal, nuestro espíritu no se basta á sí mismo. Los hombres más célebres del gentilismo ignoraban lo que hoy ve y palpa el más vulgar de los cristianos. El creyente es más sábio con sus afirmaciones que el filósofo incrédulo con sus círculos de indagaciones y cavilidades. Bien conocemos que esta verdad no la acata ni reverencia el orgulloso racionalismo, pero tambien es cierto que la presuncion es muy antigua en el mundo. Tambien los ebionitas y nazarenos no podian convenir con la alta filosofia del Evangelio. Parecíales imposible que libros escritos por pescadores, inspirados en la soledad de los desiertos, á orillas del Cedron, en la cumbre del Carmelo y bajo los cedros del Líbano, pudiesen exceder en mérito y grandeza á las obras antiguas de sus reyes y profetas. Semejantes al costroso liquen apegado á la dura roca de sus tradiciones, no podian bañarse en la luz altísima y serena de la nueva ley, ni comprender la grandiosa mision de la religion de Jesucristo.

La filosofia pagana no tenia la verdad suprema y principal; carecía, digámoslo así, de brújula, por lo cual tropezó y cayó en lo más llano. Hé aquí por qué dijeron los platónicos que la materia era eterna con Dios; hé aquí por qué afirmaron los pitagóricos la transmigracion de las almas; véase la razon que impulsó á Séneca á sentar y sostener que los males no pasaban de la vida.

Las verdades principales de la filosofia son presentes que nos han sido otorgados por la tradicion y la revelacion. La creacion temporal del mundo, el origen del género humano, la poblacion de la tierra, la produccion y creacion de las almas racionales, su inmortalidad, son hechos que no caen, ni han caido nunca, dentro de la esfera de la humana esperiencia; ¡con cuánta razon podemos mirar en la Iglesia la única inteligencia segura que designa la verdadera senda del progreso!

Y si el amor manda al mundo, ¿quién podrá aquilatar el mérito afectivo del Cristianismo, ánsia postrera del más puro y elevado sentimiento? Ante sus máximas, son pobres y menguadas las doctrinas de Sócrates y de Platon, y pálido y oscuro ante la grandeza de su hermosura hasta el risueño y fecundo suelo de la Grecia. La cuna predilecta de los artistas no tuvo harto vigor ni imaginacion bastante para comprender el sublime poema de la humanidad. El gran cuadro de la fé no cabia en el mosaico de aquella civilizacion, mezcla de antiguos cultos y de equivocados conceptos, de hechos gloriosos y de bellezas naturales, recogidas por el genio entre los árboles de sus bosques y las perfumadas flores de sus valles.

Grecia, unida por el recuerdo á sus mitos y desvaríos, al sentirse, como el marino, trasportada á lejanos paises, no miraba las aguas que la proa dividia en espumosas y blancas fajas, felices portadores de las embalsamadas auras de una region venturosa, sino aquellos que, batiendo la popa, hacian llegar hasta sus manos las algas y las hojas secas, nacidas en la playa, desierta ya y pobre, de sus antiguos ensueños.

El Cristianismo tarda, en efecto, en infiltrarse en la patria de Hesiodo, de Orfeo, de Eurípides y de Homero, y el pensamiento regenerador del mundo yace algun tiempo, cual dormida crisálida, entre los aromas de la Asia y de la Thesalia.

El ideal de la inteligencia, del amor y de la gloria entona con sus puros resplandores el mundo; y entonces renace la filosofia, y renace el genio, y acrece la inspiracion, y la idea de Providencia borra y muda la torpe idea del ciego destino.

¿Y qué ha sido la doctrina de Jesucristo desde su aparicion más que la paz y la ventura de los pueblos? Ciencia infalible, flor del más sublime sentimiento, manifestacion del más grande poder, cambia la faz de los pueblos, deteniéndolos al borde del abismo, adonde los encaminan á veces las hondas simas que abren el vicio y las pasiones.

La Iglesia salvó y salvará siempre, en su arca santa, los principios sociales, hoy tan combatidos.

Cuando el imperio de los Césares se desploma con fragor horripando, gastado por tantas revueltas y simultáneas invasiones; cuando los bárbaros encadenados rompen los diques que habian

domeñado tanto tiempo sus ímpetus, y sus medrosas falanges se derraman por las regiones civilizadas; cuando aquel violento empuje é inmenso naufragio hieren de muerte á las sociedades y derriban las instituciones; cuando aquel profundo estremecimiento conmueve á todos los ánimos y todos los intereses, el pavor y el espanto se apoderan del mundo, y nuestra imaginación apenas abarca aquel cuadro sombrío de llanto, de amargura y de muerte. ¿Qué fuera entonces del mundo sin la fé? ¿Qué fuera de la sociedad ante el precipicio, si nó hubiera tornado su espantada vista hácia la inmensidad de los cielos?

Entonces el principio religioso tomó vuelo rápido, y la autoridad moral de la Iglesia fué la del mundo. ¿Hubo jamás poder y fuerza más legítima? Todas las escuelas deben reconocerlo. La que busca en la sancion religiosa la fuente de la legitimidad; la que solo concede el poder al que salva la sociedad; la que cifra el origen de toda autoridad en la aclamacion de los comicios; porque nó fué la Iglesia la que encerró á la humanidad en los muros de sus templos, sino la acongojada sociedad la que, triste y abatida, se refugió, ávida de luz, de sosiego, de consejo, arrepentida y pobre, en el seno bienhechor de la Iglesia.

Y porque van triunfando sus máximas, por eso la humanidad se civiliza. Muchos males nos cercan y poderosos escollos detienen su marcha; pero ellos desaparecerán. Confiemos en las eternas leyes de la historia, que son leyes de Dios. El árbol de la verdadera ciencia cobijará por fin á las sociedades y templará con su sombra sus funestas inquietudes. La semilla fué sembrada y está brotando, y el sol resplandeciente que nos alumbrará verá sazonzarse sus frutos para inefable consuelo de la combatida humanidad.

ANTONIO GARCIA MACEIRA.



SECCION HISTÓRICA



PASEOS HISTÓRICO-ARTÍSTICO-LITERARIOS POR TOLEDO.

III

Levántase esbelta y airosa la Catedral de Toledo en el centro de la ciudad, cual reina que, contemplando á sus piés á multitud de ilustres vasallos, reclama la atencion universal así por el excelso puesto que ocupa, cuanto por lo deslumbrador de las preciadas joyas que ostenta. Su elegante y afiligranada torre de 326 piés de elevacion, capaz de competir en belleza con la más notables de dentro y fuera de España; su primorosa fachada principal; sus tres grandiosas y bien labradas puertas (1), entre las ocho principales que dan acceso á su recinto; su majestuoso claustro pintado al fresco por Bayeu y Maella; sus vistosas vidrieras de colores distribuidas en 750 ventanas; sus innumerables alhajas en pintura, escultura, bordado, códices, instrumentos orgánicos, oro, plata, bronce, pedrería, jaspes, etc., etc., hacen, en efecto, de esta obra la reina de tantas suntuosas fábricas con que justamente se enorgullece esta histórico-artístico-literaria ciudad; la convierten en un verdadero museo de antigüedades, y la erigen, por último, en digna morada del Dios de las alturas acá en la tierra, en cuanto es dable á la criatura preparar morada digna á Aquel cuya inmensidad abarca el cielo, la tierra y los abismos.

Cerca de tres generaciones fueron testigos presenciales de la fabricacion material del edificio que nos ocupa. En efecto; 266 años duró su construccion, desde el dia 14 de Agosto de 1227, en que se puso solemnemente la primera piedra por el rey San Fernando y el arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada, hasta Enero de 1493 en que se acabó de cerrar el embovedado. La piedra blanca de que está labrada interior y exteriormente, se sacó de unas canteras próximas á esta poblacion, la cual piedra, siendo

(1) Estas son las conocidas con el nombre del *Perdon*, del *Reloj* y de *Leones*.

en un principio blanda y dócil al pico del trabajador, adquiere con el tiempo la mayor dureza, cualidad indispensable en obras de esta magnitud, máxime tratándose del carácter vulgar é impropriamente conocido con el dictado de gótico, cuya naturaleza aérea no podría arrostrar impávida el transcurso de los siglos á no ser mediante la mayor solidez que asistiera á la primera materia. Por una losa que fué descubierta á principios del siglo XVI en la bóveda de la capilla de Santa Marina de este templo, hoy conocida con el nombre de *Capilla de Doctores*, y que actualmente se conserva en la sacristía de la misma, se sabe que el maestro que trazó el plano de tan grandiosa obra se llamaba Pedro Perez, como asimismo que sus restos yacen en este lugar, segun se deduce de la citada inscripcion que, copiada íntegra y literalmente, dice de esta manera:

AQUI : JACET : PETRUS : PETRI : MAGISTER :
ECCLESIA : SCTÆ : MARIÆ : TOLETANI : FAMA :
PER : EXEMPLUM : PRO : MORE : HUIC : BONA :
CRESCIT : QUI : PRESENS : TEMPLUM : CONSTRUXIT :
ET : HIC : QUIESCIT : QUOD : QUIA : TAN : MIRE :
FECIT : VILI : SENTIAT : IRE : ANTE : DEI :
VULTUM : PRO : QUO : NIL : RESTAT : INULTUM :
ET : SIBI : SIS : MERCE : QUI : SOLUS : CUNCTA :
COHERCE : OBIIT : X : DIA S : NOVEMBRIS :
ERA : DE I M : E C C C X X I I I : AOS.

La traduccion de este latin macarrónico é inculto, puede formularse en los términos siguientes:

Aquí yace Pedro Perez, maestro de la iglesia de Santa María de Toledo, y hombre de gran fama por su ejemplo y costumbres, el cual construyó este templo y descansa aquí; porque quien trazó obra tan admirable, no puede temer el comparecer ante la presencia de Dios. Nada quedó por él que satisfacer: con que así, Tú, Señor, que castigas á quien lo merece, dale á él su galardón. Murió á diez días de Noviembre, era de 1323 años (que equivale al de 1285).

La planta de este edificio es cuadrilonga, aunque por el extremo oriental (que es donde tiene su cabecera) remata en forma semicircular; mide 404 pies de longitud, y 204 de latitud, el cuerpo de la iglesia propiamente dicha, sin contar las muchas y consi-

derables oficinas y dependencias anejas á ella; compónenla cinco espaciosas naves cortadas de N. á S. por otras que con ellas forma el crucero, siendo la altura de éste y de la nave central de 160 piés, cuyo número descende proporcionalmente en las laterales para que sirvan recíprocamente de estribos ó puntos de apoyo á aquélla, y á fin de que se comuniquen y distribuyan las luces convenientemente, presentando al propio tiempo la más sorprendente visualidad con las capillas, que formando una nave exterior viene á servir como de cinturón con que encierra dentro de su seno las otras cinco; por manera que disfruta el espectador á un golpe de vista el mágico panorama que presentan las vidrieras de todas las naves, como si estuvieran dispuestas anticipadamente por el artífice en forma de escalón, unas debajo de otras. Las 72 bóvedas en que remata este templo, descansan sobre 88 pilares, compuesto cada uno de 16 gallardas columnas.

Y vacilando ahora sobre el asunto de á cual de tantos objetos como reclaman nuestra atención dentro de este augusto recinto debemos dar la preferencia para tratar de él en primer lugar, si bien la circunstancia de ser unos meros apuntes, y nada más, lo que nos vemos coactados á trazar en esta ocasión parece como que nos releva de todo plan ú orden metódico en estos nuestros paseos; sin embargo, justo será que comencemos por la *Capilla Mayor*, de la cual hemos dado anteriormente alguna que otra pincelada.

El interior de esta capilla, que ocupa las dos primeras bóvedas de la nave central, presenta hoy á la vista un espacio de 52 piés de frente, y 56 de fondo; y decimos *hoy*, porque hasta fines del siglo XV sólo ocupaba la bóveda segunda, ó séase la más allegada al crucero, formando capilla á parte el resto del actual presbiterio, la intitulada de los *Reyes Viejos*, fundación de D. Sancho el *Bravo*, por hallarse en ella depositados, como aún lo están, los cadáveres de varias personas reales, hasta que en dicha fecha alcanzó el cardenal Jimenez de Cisneros el competente permiso para agrandar este local haciendo de dos una sola capilla. Una vez ensanchada ésta, pensó el magnánimo Cardenal susodicho, á quien tanto y por tantos conceptos es deudora esta Iglesia, en hacer un nuevo retablo digno de la suntuosidad de la Primada de las Españas; y llamando al efecto á concurso á todos los artífices más notables, se resolvió que la traza escogida como mejor, entre otras, fuera llevada á cabo bajo las órdenes de maese Enrique Egas, arquitecto mayor que era á la sazón del

Cabildo, y de Pedro Gumiel, maestro del Prelado, trabajando en esta obra los profesores más distinguidos de las tres nobles artes que entonces se conocían, tanto naturales cuanto extranjeros, entre los cuales se cuenta como más notables á Peti-Juan, Copin de Holanda, Sebastian de Almonacid, Felipe de Borgoña y otros, habiéndose encomendado el estofado, ó pintura y dorado, á Juan de Borgoña, Francisco de Amberes, Fernando del Rincon, Frutos Flores, Francisco Guillén y Andres Segura. Para abreviar, trabajaron en esta portentosa obra veintisiete profesores, y su coste ascendió á unos 150.000 reales de la moneda actual. Hecho este retablo de aliso y cedro, y ostentando en su conjunto primores los más bellos de talla por medio de exquisitos calados, estatuitas, y caprichos de todos género, se halla dividido en cinco espacios ó zonas verticales, y subdividida cada una de éstas en cuatro compartimientos, nichos ó medallones que mediante figuras de alto relieve, y algunas de todo punto exentas, representan varios asuntos, en su mayor parte alusivos á los misterios del nacimiento, pasión y muerte del Salvador y de su Santísima Madre, destacando en primer término una imágen de Nuestra Señora sentada en su trono con el niño Dios en el regazo, toda ella cubierta de hoja de plata, y convenientemente esmaltada para representar al natural el colorido de las carnes y las vestiduras; por cima de esta imágen hay una bella custodia, imitativa en su forma esbelta y elegante de la torre de esta basilica; sobre ella se representa en tamaño colosal el misterio de la Asunción de la Virgen María (titular de esta Santa Iglesia), coronando el retablo las gigantescas esculturas exentas del Crucificado, su afligida Madre y el Discípulo predilecto.

A espaldas de la *Capilla Mayor* levántase el altar llamado *el Transparente* (1), hechura de Narciso Tomé, ciego sectario de la escuela llamada *churrigueresca*, y cuya obra, realizada en 1732, ha merecido por parte de unos escritores los elogios más hiperbólicos, y por parte de otros los baldones más acerbos. En

(1) Ponz en su tiempo, y Madoz en nuestros días, han consignado, entre otros varios escritores, que no puede acertarse cuál sea la causa de haber dado el nombre de *Transparente* á esta fábrica. No me parece tan árdua la empresa; pues con sólo parar mientes en que se halla practicada en la pared zaguera de la *Capilla Mayor* una claraboya por medio de la cual se descubre ó *transparenta*, á beneficio de la lámpara que continuamente está ardiendo al Santísimo Sacramento encerrado en el altar mayor, á cuya altura se encuentra la custodia de que hemos hecho mencion poco há, queda resuelto el aparente enigma.

nuestro humilde sentir, nos atreveremos á adelantar con este motivo los dos supuestos siguientes: 1.º, que cuando deja de hacer progresos un arte, nada más comun que verlo declinar hasta precipitarse por último en el abismo de la ridiculez; y 2.º, que así como existen obras admirables en su conjunto, pero descuidadas en sus detalles, las hay tambien, por el contrario, acabadas en sus detalles, aunque de mal efecto en su conjunto. Ahora bien: en el siglo XVI habian tocado su apogeo las ciencias, las letras y las artes; á principios del subsiguiente empezó á dominar en la arquitectura un gusto depravado, el cual mezclaba al antiguo gótico los miasmas precursores de la hojarasca, confusión y embolismo que pasados algunos años habian de encaminar á su último y más vituperable término en nuestro suelo, Pedro de Ribera y sus secuaces. Porque no se vaya á creer que fué Churriguera el creador de tan monstruosos delirios arquitectónicos, por más que de él hayan tomado su denominacion; nó. A Churriguera le sucedió en su arte lo que á tantos otros en distintos lances de la vida, así en lo bueno como en lo malo; á saber: que mientras *unos tienen la fama y otros cardan la lana*, tambien hay ocasiones en que *pagan justos por pecadores*, ó, como en ésta, que pagun pecadores por otros mayores. Y en efecto: si el *Sic vos non vobis* de Virgilio se verificó en Colon al llevar la region por él descubierta el nombre de *Américo Vespucio* y nó el suyo, de igual manera se ha hecho recaer por la posteridad toda la responsabilidad de la extravagancia arquitectónica de los siglos XVII y XVIII sobre José Churriguera, siendo así que si alguien merece con razon el título de fundador de esta depravada secta en nuestro suelo, nadie más acreedor que el citado Ribera, quien por su parte, si viviera hoy, se disculparía diciendo que al seguir él en su tiempo semejante senda lo habia hecho con un ejemplo muy autorizado que vió nada menos que en todo un Vaticano..... Por lo que atañe al segundo supuesto que hemos sentado arriba, fuerza es confesar que si bien presenta este retablo una mole inmensa de piedra labrada donde se turba la vista del curioso que lo contempla con algun detenimiento, á causa de la espesa selva de hojas, y nubes, y rayos, y columnas, y figuras, y pabellones, y cintas que, en medio de la mayor extravagancia, se cruzan y confunden entre sí en mil opuestas direcciones, todavía, una vez analizados sus detalles en particular, hállase en ellos algo de primor y delicadeza, pudiendo tal vez aplicarse á este aborto del arte, observando por supuesto la debida analogía.

lo que contestó aquel predicador que, habiendo dicho en su sermón como todo cuanto Dios ha hecho está bien hecho, fué reconvenido al bajarse del púlpito por un jorobado que le arguyó enseñándole el abultado promontorio que ostentaba entre ambos sus omóplatos: *Hijo mío, tu argumento es contraproducente, porque te aseguro, así Dios me salve, que en materia de jorobas no he visto en mi vida cosa más perfecta....*

Como quiera que sea, y abandonando ya esta debatida cuestión, continuaremos la investigación de la *Capilla Mayor* diciendo que sus costados ofrecen á la vista el aspecto más irregular, pues en tanto que el de la Epístola se conserva como en tiempo del cardenal Cisneros, con sus ojivas y calados propios del estilo de aquella época, el lado del Evangelio se halla afeado por el sepulcro del cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, única persona fuera de las reales que se halla inhumada en este lugar, el cual fué colocado allí por mandado y á expensas de doña Isabel I. No saldremos, por último, de este sitio para bajar al *Coro* sin fijar ántes nuestra atención en el ara ó mesa del altar, rica pieza de mármol oriental que, como algunas otras más de esta Santa Iglesia, bien podría pasar por verdadera ágata; y en los púlpitos y en la reja que cierra el presbiterio por delante, obras primorosas del célebre Francisco de Villalpando.

Al llegar aquí debemos tener en cuenta que, llamándose el espacio comprendido entre la *Capilla Mayor* y el *Coro*, *entre-coros*, no parece sino que es aplicable el nombre de *coro* al presbiterio. En efecto; tan es así, que antiguamente se hallaba situado el coro de las iglesias cristianas en torno del *altar mayor*, siendo los godos los que introdujeron en España la costumbre de establecerlos al pié de los templos, con detrimento de la hermosura y diafanidad de éstos, pues ni lucen lo que debieran, ni el pueblo encuentra en las grandes solemnidades espacio en que poderse colocar. Este segundo supuesto me parece habrá sido la causa de que el magnífico templo toledano carezca de valla ó crujía comunicativa del coro al presbiterio, y viceversa, con el intento de impedir que los fieles atravesen de uno á otro lado durante la celebración de los divinos oficios, á diferencia de las catedrales de Sevilla, Cádiz, Badajoz, Leon, Pamplona y otras; habiéndose establecido aquí en su defecto, y para obviar el ante-expresado inconveniente, el constituir á un hombre vestido de chaqueta, pantalon (en la antiguo, calzon corto con zapato de hebillas) valona, capa corta, todo de color oscuro, y un garrote en

la mano, razon por la cual se le conoce con el nombre de *vara de palo* (1).

Y ya que en este momento no funciona dicho empleado por no ser hora de estarse celebrando los oficios divinos, y que nos encontramos libres por lo tanto de que nos intime un paso hácia atras mediante repetidos y fuertes golpes asestados contra el suelo con el regatón de su *palo*, penetremos en el interior del *Coro*, otra de las preciosidades artisticas más notables, de cuya posesion tan fundadamente se envanece esta Iglesia.

Levantado bajo las bóvedas cuarta y quinta de la nave principal, ó del centro, ocupa una extension de 70 á 72 piés de largo, por 45 de ancho, incluso en ambas medidas el espacio que llena la sillería, la cual es doble, esto es, alta y baja. Destinada la primera al uso de los prebendados, y la segunda para los ministros inferiores, ménos en el rezo de maitines, que los prebendados se sientan en ella, fué trabajada aquélla por Alonso de Berruguete, en la parte que corresponde al lado de la Epístola, llamado coro del Arzobispo, y por Felipe de Borgoña, en el lado opuesto, ó séase el llamado coro del Dean, á cuyo cargo se encomendó tambien la silla prelacial, pero cuyo compromiso no pudo desempeñar por haberle sorprendido la muerte, razon por la cual se obligó Berruguete á hacerla, correspondiendo el resultado á las grandes esperanzas que de su habilidad se prometieran todas las personas, así las interesadas como las indiferentes en la cuestion. Al ocuparse de la sillería alta en su *Toledo Pintoresca*, se expresa así el Sr. Amador de los Rios: «Llegamos á tratar de la sillería alta, portento de las artes españolas, en que compitieron dos grandes ingenios de nuestro siglo de oro, quedando hasta nuestros dias indecisa la victoria, y atónitos los jueces que han intentado dar su fallo en esta materia.»

La sillería baja, de notable mérito tambien, aun cuando no puede competir con la alta, pues fué labrada más de medio siglo ántes que aquella, época en que las artes, y singularmente la escultura, no habian alcanzado todavia su completo desarrollo, es obra del entallador conocido con el nombre de Maese Rodrigo; y así como en el respaldo de aquéllas figuran imágenes

(1) El sujeto encargado de hacer guardar silencio y la debida compostura en el ámbito de este templo durante las horas de coro (en otras partes llamado *silenciero*, ó de otra manera), se conoce aquí con el nombre de *vara de plata*, por empuñar una pértiga de este metal, y es siempre sacerdote.

de santos, en el de ésta se hallan labradas en alto relieve las batallas dadas en algunas poblaciones de nuestra España contra los moriscos, asunto que, llamando la atención general á fines del siglo XV, época en que se construyó esta sillería, no podía ménos de servir de pié forzado al mayor lucimiento del ingenio, y de vasto campo en que se espaciara la imaginación de su autor. Sea como quiera, el hecho es que la *sillería* del coro de la Catedral de Toledo es la primera entre las muchas magníficas que encierra España en su seno. Y si á esto se junta la verja que hace juego con la de la *Capilla Mayor*; y el gallardo facistol del centro, conocido con el nombre de *águila* por la que ostenta en su remate; y los otros dos primorosos atriles laterales; y las lindas iluminaciones que realzan el mérito de los libros cantorales en ellos colocados; y los soberbios órganos que derramando torrentes de armonía ayudan á levantar el corazón al Sér Supremo para alabarle á la manera que recomendaba David; y mil y mil objetos más analizados prolijamente en sus últimos detalles, no parecerá ya exagerado el juicio que en globo formulara el citado Sr. Amador de los Ríos ántes de tratar á la menuda de esta parte tan esencial é interesante de la Iglesia Primada, al estampar las siguientes palabras: «Cuanto visitan la Catedral de Toledo, ese magnífico templo de las artes españolas guiadas á la inmortalidad por la fé y por la religión; cuanto aciertan á verse en el suntuoso recinto de su *Coro*, no pueden menos de sentirse arrebatados de entusiasmo al contemplar tantas maravillas como en él se encierran. Las artes del siglo XVI, de esa grande y gloriosa época para la nación española, han venido allí á rendir sus más bellas primicias, para manifestar al mundo el espíritu elevado y noble que animaba entonces á nuestros mayores; para poner en claro el alto grado de perfección y de desarrollo á que habían llegado su civilización y cultura.»

Una vez fuera de este recinto destinado á *cantar* los divinos loores y á hacer *callar* los razonamientos del siglo, según que á lo uno y á lo otro se estimula en el lema *PSALLE ET SILE* que por la parte interior del *coro* aparece sobre cada una de las dos puertas de la reja que lo cierran (lema que, dicho sea de paso, sirvió de argumento á Calderón de la Barca para su composición poética intitulada *Exortación panegírica al silencio*;) reclama nuestra atención la multitud de capillas que rodean el ámbito de este augusto templo, entre las cuales, si bien alguna que otra no contiene cosa que de notar sea, ofrece, empero, la mayo-

ría asuntos dignos de estudio en uno ó en muchos conceptos por parte del hombre curioso y observador. Por esta razón nos creemos en la necesidad ineludible de volver otro día á continuar nuestras visitas en este terreno, mientras que dejamos descansar un momentó el espíritu de nuestros lectores, abrumado con la consideración de tantos y tan portentosos objetos como lo tienen embargadó.

JOSÉ MARÍA SBARBI.

CRÓNICA Y VARIEDADES

LAS PATATAS

APÓLOGO

Vivia en la Mancha un hidalgo más noble que rico, de sana razón, y atento á educar religiosamente á sus tiernos hijos, como es la primera obligación de todo padre. Sus hijos eran tres: el mayor se llamaba Fernando, el segundo Joaquin, el tercero Jesús.

Poseía el buen señor un cercado, y en él quiso ceder á cada uno de sus hijos un cuadro de terreno, á fin de que pudieran sembrar lo que mejor les pareciese; Fernando, que gustaba de los colores fuertes, sembró su cuadrado de peonías; Joaquin, más aficionado al amarillo, sembró el suyo de botones de oro; Jesús era el más cándido de los tres, y prefirió las blancas azucenas.

El hidalgo sembró las tierras, y no dijo de qué. A las reiteradas preguntas de los muchachos contestaba: «El tiempo lo dirá. Ya veréis, ya veréis lo que sale.»

Entretanto llegó la deseada primavera. Los capullos se abrieron, y las peonías, los botones de oro y las azucenas lucieron á cual más y mejor. Cada rapaz tenía un jardincito que daba gozo el verle: allí la púrpura, el oro y la nieve parecían competir en hermosura.

Pero ¿y las tierras del padre, de qué color se habían vestido? Allí no se veían más que unas hojas verdes, arrugadas y velludas, entre las cuales asomaban unas flores blanquecinas que, á decir la verdad, hacían un papel bastante desairado junto á sus elegantes vecinitas.

«Pues señor, decían los muchachos, mirándolas con desprecio, no hay duda en que papá se ha lucido! ¡Vaya un gusto raro! habiendo tantas flores bonitas, ir á escojer semejantes yerbajos!»

Pero en pos de la primavera llegó el ardoroso estío. Marchitáronse las flores y fueron cayendo una tras otra; inclináronse los tallos; y por fin y postre, la cosecha de los tres hermanos se redujo á tres hazecillos de hojarasca que arrojaron en la lumbre.

Llególe al padre su vez: una mañana fué al cercado en compañía de sus hijos y dos jornaleros provistos de azadillas, con las cuales eacabaron los surcos; y cátrate que salieron á relucir millares de patatas envueltas en sus tunicas amarillentas y rasgadas de modo que se traslucía un cútis sonrosado y lleno de hoyuelos que distinguen á las patatas mancheguitas de las rechonchas gallegas. ¡Salieron tantas! ¡tantas! que los niños no se daban mano para encerrarlas en los sendos costales preparados al efecto... La cámara (ó granero) quedó surtida para todo el año.

Los muchachos, que gustaban mucho de comerlas (gusto que ojalá pudiera inocularse), no cabían en sí de gozo; pero este gozole acibaraba un remordimiento. ¡Ingratos! ¡habían escarnecido el gusto de su buen padre, mientras éste se afanaba en provecho de la familia! ¡Necios! se habían adjudicado á sí mismos la medalla del buen gusto, despreciando á las modestas flores que tan abundante cosecha prometían.

El error fué la herencia de los hijos de Adán: los mejores se hallan expuestos á delinquir; pero los buenos, en cuanto la conciencia los avisa, reconocen sus faltas, se arrepienten de haberlas cometido, las confiesan humildemente, y así alcanzan el perdón y la enmienda.

—Papá, dijeron los niños abrazando sus rodillas, hemos sido unos mentecatos: creímos saber más que Vd., y al comparar las flores de las patatas con las de nuestros cuadros, nos decíamos los unos á los otros: «papá no sabe lo que se pesca...» Perdónen Vd. nuestra falta de respeto...

—Por mí estais perdonados, repuso el padre con desusada gravedad; pero es deber mio advertiros que no volvais á juzgar con tanta ligereza, porque podriais equivocaros lastimosamente.

—No señor, pierda Vd. cuidado; no ha de volver á sucedernos, exclamaron los chicos muy satisfechos: ahora ya conocemos la flor de la patata.

—Pero aún no conoceis el mundo, replicó el hidalgo en tono también grave. Con las personas, hijos míos, viene á pasar, poco más ó ménos, lo mismo que con las plantas. Hombres y mujeres hay que se distinguen y brillan como las flores que vosotros preferiais á mis útiles patatas; y así como éstas os parecieron despreciables, solo

porque no lucian como las otras, podria suceder que mirarais por encima del hombro á las personas cuyo mérito se oculta bajo el oscuro velo de la modestia. El mundo, por lo regular, juzga con tanta ligereza como vosotros. Colma de aplauso á los primeros, y mira con desdeñosa indiferencia las rudas tareas y los utilísimos trabajos de los segundos.

Amad en buen hora todo cuanto brilla y se distingue... Negar homenaje al mérito, es dar claro indicio de no tenerle propio. Admiracion se debe al génio, aplauso al valor, cuando no se aparta de la *justicia*, porque sin ella el héroe deja de serlo. Alabad el *talento*, la *destreza* y la *hermosura*; pero la virtud, hijos míos, la virtud, cuanto más humilde sea, mayor derecho tiene á ser *preferida*.

Llegará el día de la siega, y ese día para el humano es el postrero de su vida. Entonces Dios le pedirá cuenta de sus obras. Si no ha cultivado en este mundo más que las flores brillantes, flores que se marchitan y no dejan trás de si más que un rastro pasajero, resultará *infalliblemente* que toda su cosecha quedará reducida á un hazecillo de hojarasca que arrojará el Señor en la lumbre. Pero, en el surco del humilde, Dios, que ve lo más oculto, descubrirá un tesoro de obras buenas, y el remunerador eterno ninguna dejará sin recompensa.»

Diz que los niños fueron dóciles y aprovecharon grandemente la leccion, porque toda su vida practicaron las virtudes cristianas. En cuanto á colores, no variaron de gusto; los tres alcanzaron *dignamente* la borla de doctores: Fernando en jurisprudencia; Joaquín en medicina, y Jesús en la sagrada teología, de modo que sus birretes lucian el encarnado, el amarillo y el blanco de las peonias, de los botones de oro y de las azucenas.

Esto les recordaba los sanos consejos de su excelente padre. Si alguna vez se despertaba en ellos la soberbia, si algun vano pensamiento se deslizaba por su mente, miraban callandito á la borla de sus bonetes, y humillábanse diciendo: ¿Quién sabe si los hombres que calificamos de *ignorantes* tendrán el surco más provisto que nosotros? ¿De qué le sirve al hombre adquirir todos los conocimientos del mundo, si nó sabe adquirir la salvacion eterna?.. La oscura y modesta virtud... la *fé*, que nos enseña el camino del cielo, valen infinitamente más que toda la ciencia, el poder, la riqueza, los placeres y la gloria del mundo.

MICHAELA DE SILVA.

UNA CAPILLA Á JESÚS OBRERO

Los miembros del Comité de los círculos católicos de obreros, han dirigido al Cardenal Arzobispo de París la siguiente petición en Mayo último:

«El ejército francés, Monseñor, verá cumplidos sus deseos de tener una capilla particular en la iglesia del Sagrado Corazon que va á elevarse sobre la colina de Montmartre.

»Vuestra Eminencia, que con tanta bondad ha acogido ese voto, pensará sin duda que al lado de la capilla del soldado cristiano sería bueno colocar la del obrero cristiano, y que, por consiguiente, convendría que en la futura iglesia se consagrara un altar á Jesús obrero, agrupando en torno de él los santos Patronos del trabajo manual.

»Ese altar tendría una especial elocuencia, pues sería la expresion viva de la fé de los obreros cristianos; veríase en él una brillante reparacion de las blasfemias que profanan el taller; y en fin, no cesaria de llamar la piedad de los fieles sobre este misterio profundo de Jesús manejando las herramientas del trabajo en su humilde casa de Nazaret.

»¡Ah! cuando uno recuerda que Nuestro Señor pasó la mayor parte de su vida terrestre en un pobre taller, con objeto, sin duda, de entrar en más estrecha comunicacion con tantos millones de obreros que son como el jugo de las naciones, ¿no se halla autorizado á creer que en su santuario dedicado á su divino Corazon faltaria, por decirlo así, un latido á este Corazon sagrado, si Jesús, hermano de los obreros, y obrero como ellos, no poseyese allí un altar privilegiado?

»Por esto hoy nos dirigimos á Vuestra Eminencia, con objeto de someterle el pensamiento que nos anima.

»Esperamos firmemente que Vuestra Eminencia se dignará acogerlo, concediéndole su alta proteccion, y que confirmará y desarrollará ese movimiento de regreso á Dios que desde algun tiempo acá se manifiesta en la clase obrera como un signo precursor de la conversion de la Francia y del triunfo de la Iglesia.»

El cardenal Guibert, Arzobispo de París, acogiendo favorablemente la petición que se le habia dirigido, contestó de la siguiente manera:

«Es una excelente y saludable inspiracion, señores míos, la que os impulsa á pedir, en nombre de los Círculos de obreros, que se consagre una capilla y un altar á Jesús obrero en la futura iglesia del Sagrado Corazon de Montmartre. Vosotros me recordais que no há mucho tiempo, reclamando antes que todos el privilegio de una capilla y un altar, el ejército os ha dado un ejemplo digno de imitarse, y deseais que el mismo favor se conceda á los obreros cristianos de todas profesiones.

«Ciertamente, señores, los obreros y los soldados tienen toda clase de títulos

para alcanzar, no diré solo mi asentimiento, sino también las preferencias del Corazón de Jesús.

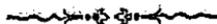
»El Hijo de Dios, sometándose á todas las enfermedades de nuestra naturaleza, excepcion hecha del pecado que venia á destruir, quiso tener aquí abajo una existencia humilde y laboriosa; y cuando llegó á la edad de poder trabajar, viósele en el taller de San José trabajar con sus manos divinas en toscos maderos y recibir el salario ganado con sus sudores. De ahí que al término de su vida publica los pueblos, arrebatados por sus doctrinas y maravillados de sus prodigios, exclamaran con asombro: «¿No es acaso un obrero, é hijo de un obrero?»

»Con el producto de su trabajo alimentaba Jesús á su Santísima Madre, del mismo modo que aquel que era reputado por su padre proporcionaba con su trabajo el pan de cada día á su augusta Esposa y sostenia la infancia de Aquel que sostiene el mundo. Esto es para el Esposo de María un honor mucho más grande que si, hallándose dueño de todos los tesoros de la tierra, los hubiese repartido con el divino Infante y la Virgen Santísima.

»La capilla que pedís, recordando las ocultas grandezas de la casa de Nazaret, enseñará al obrero cristiano que cuanto más le acerca su destino á la condicion temporal del Hijo de Dios, tanto más participa de sus méritos y participará de su gloria. Allí verá abrírsele el hombre de trabajo manual una fuente inagotable de consuelos y de gracias, en la cual hallará una idea más alta de su dignidad, y aprenderá á respetarse á sí mismo, contemplando entre María y José al adorable modelo que le abre su amoroso Corazón.

»Sí, señores: con vivo sentimiento de alegría y esperanza accedo á la peticion que me haceis de dedicar en la nueva iglesia del Sagrado Corazón una capilla y un altar á Jesús obrero.

»Os bendigo á todos, señores: bendigo también á vuestros amados obreros y os renuevo la seguridad de mis afectuosos sentimientos.—J. HIPOLYTO, *Cardenal-arzobispo de París.*»



LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

Cuenta la tradición que, cuando el Apóstol Santiago vino de Jerusalén á predicar á España, trajo la milagrosa Imágen con que nos ocupamos, y la colocó en la iglesia de su nombre en compañía de uno de sus discípulos, llamado Calocero, que fué el primero que predicó en ella (año de Jesucristo 38). Es la primera que adornó la villa de Madrid, y se ha tenido y se tiene como labrada por San Nicodemus, viviendo nuestra Señora, y colorida por San Lucas.

Las huestes vencedoras de Muza acababan de tomar á Madrid, que habia entrado á sangre y fuego; en aquellos críticos momentos, temiendo los sacerdotes que los moros arrebataran la Imágen, determinaron ocultarla en el cubo de la torre murada contigua á la iglesia, tapiándola en un nicho; así lo hicie-

ron, en efecto, cuidando de dejarla alumbrada con dos velas que quedaron encendidas dentro de aquel secreto recinto.

Tres siglos despues, Madrid se hallaba libre ya de los musulmanes, y don Alonso VI habia purificado los templos, consagrando especialmente á la Reina del cielo la que antes fué mezquita principal de los moros. Conservábase la tradicion de la imágen escondida, pero nadie sabia donde pudiera hallarse; y el Rey, deseando encontrarla, despues de hacer públicas rogativas, dispuso una procesion que investigara los sitios en que podia suponerse que estuviera oculta la Imágen; al pasar por la torre contigua á la iglesia, dividióse de pronto por sí mismo el muro, y se dejó ver la Virgen con las dos velas encendidas aún. Trasládóse al sitio que ocupó en la iglesia de Santa María, hasta 1868 en que este antiguo templo fué derribado tan indebidamente, y se hizo otra Imágen que se colocó en el cubo de la Almudena para recuerdo del suceso, que es la misma que hoy existe, sin otra variacion que el adorno del retablo, reformado modernamente. Tal es la tradicion que se conserva respecto á la Virgen de la Almudena, cuyo nombre proviene de haber sido hallada junto al sitio donde los moros tenian el almoden, alholi ó alhóndiga del trigo.

Hoy la Imágen venerada se halla en el templo de las religiosas del Sacramento, cercano al antiguo, y habilitado para iglesia parroquial. Un brusco é intencionado ataque revolucionario hizo desaparecer violentamente y sin utilidad para nadie un monumento respetable de la capital de España: la iglesia parroquial más antigua de Madrid.



§ **El Sinai.** En una carta del doctor Bake, de la cual han publicado algunos párrafos varios periódicos, se relata el descubrimiento del verdadero monte Sinai, que habia anunciado por telégrafo algunos dias antes. La montaña que reconoce como el Sinai del *Pentateuco* es el monte Barghir, una de las principales de la cadena que atraviesa el valle de Arabah al Este, señalado en la carta bajo el nombre de monte Shera, pero cuya designacion correcta es Shaién.

«Segun su posicion y otras circunstancias, dice el Dr. Bake, el monte Barghir es, sin duda alguna, el Sinai de la Escritura; así, he debido abandonar mi hipótesis favorita, segun la cual el Sinai debia de ser un volcan. Hemos acampado al pié de la «montaña de Luz,» y durante la siguiente noche hemos sufrido un huracan espantoso; el trueno y los relámpagos eran horrorosos: el rayo se cernia sobre nuestras cabezas.

»Mi jóven compañero M. Milne hizo al dia siguiente una ascension á caballo, acompañado de algunos árabes. El camino, estrecho y cascajoso, rodeaba una piedra sobre la que habia varias inscripciones grabadas, pero hoy borradas, con escepcion de estas palabras: *Ya Allah*. En el interior de la garganta, sentado á medio camino, se ve un enorme trozo de granito, apoyado, en otro tiempo, sobre una inmensa piedra que le servia de pedestal. Allí van á orar los beduinos, obedeciendo á una tradicion inmemorial. A la izquierda de la

garganta, á 50 metros del pozo, se encuentra una pila de pedazos redondos de granito, sobre los cuales se han grabado varias inscripciones que M. Milne ha copiado: las líneas de estas inscripciones son poco profundas, los caracteres están groseramente formados y pueden ser fonéticos; es muy difícil adivinar lo que representan.

»En la cúspide de la montaña se han encontrado varios cráneos, astas de corderos y muchos huesos; los beduinos sacrifican allí un cordero, que comen en el mismo lugar. Sostienen que allí fué donde el Señor habló á Moisés. Hacia el declive se encuentran varios trozos de granito, de tal manera descompuestos que forman pequeñas cavernas; una de ellas tiene 20 piés de ancho y de largo, y á la entrada 12 de alto.

»Como la existencia de las cavernas del monte Sinaí es esencial para que haya conformidad con el texto (*Exodo*, cap. XXXIII, vers. 22, y *I Reges*, capítulo XIX, vers. 9), el hecho de la existencia de estas cavernas es de la mayor importancia. Es necesario observar también que esta montaña majestuosa es visible en todas direcciones, y que alrededor de su base, hácia el Este y el Sur, pueden acampar centenares de miles de personas.»

Las reliquias de la verdadera Cruz. En un ilustrado periódico de Madrid, *El Porvenir cristiano*, se insertan las interesantes líneas siguientes:

»Calviño ha dicho que el número de reliquias de la verdadera Cruz veneradas como auténticas es tal, que, reunidas, formarían un volúmen cien veces superior al que se puede razonablemente suponer tenía el instrumento del suplicio del Divino Salvador.

»Esta afirmación no podía dejar de hacer fortuna. Protestantes ó incrédulos la han repelido constantemente, como valor entendido, sin preocuparse de averiguar su exactitud. ¡Era un tema tan bueno para la declamación contra las supersticiones del Catolicismo, y además tan indudable! Para oponer una respuesta perentoria, será necesario medir los innumerables fragmentos de la verdadera Cruz repartidos en toda la superficie del globo; ¿y quién ha podido jamás figurarse que se encuentre un hombre capaz de acometer una empresa de esta clase y poderla llevar á feliz término? Pues bien; este hombre ya pareció.

»M. Ch. Rohault de Fleury ha recogido todos los testimonios de la historia y de la tradición que podían permitirle enderezar un catálogo bastante completo de todas las reliquias de la verdadera Cruz que se veneran ó que han sido veneradas en la Iglesia; ha examinado por sus propios ojos y diseñado un gran número de los que aún existen; se ha procurado noticias auténticas sobre la mayor parte de las demás; en fin, ha completado este inmenso trabajo con otro parecido sobre los santos clavos, el rótulo de la cruz, la corona de espinas, los santos sudarios y todos los demás objetos que se mencionan en la relación evangélica de la pasión del Salvador, y ha publicado los resultados de las investigaciones en un lujoso volúmen, titulado *Memoria sobre los instrumentos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, y dedicado á Su Santidad el Papa Pío IX.

»El autor de esta obra prueba que el total de los volúmenes de las reliquias, despues de investigaciones concienzudas que le han permitido llegar á adquirir un conocimiento completo, se aproxima á cerca de cuatro millones de milímetros cúbicos. Tripliquemos, cuadruplicemos este total, si se quiere, para comprender tambien las partículas ménos conocidas, y nos acercaremos á un volúmen diez veces menor del de la Cruz del Salvador, puesto que, segun los cálculos minuciosos citados en la obra de M. Rohault, este volúmen seria de *ciento setenta y ocho* millones de milímetros cúbicos.

»En verdad que podemos reirnos á nuestro sabor de la simplicidad de los incrédulos, que repiten confiadamente la burla del heresiarca de Ginebra. No les corregiremos tal vez de su error; pero al menos podremos justificar una vez más el grado de ciencia, de reflexion y de buena fé que caracteriza sus ataques contra la Iglesia y el culto católicos.»

Pio IX y la mision de Zanzibar. Hé aquí el interesante relato del *Diario de Florencia*: (1)

«Entre las últimas audiencias otorgadas por el Papa, figura la que se ha dignado conceder al muy Rdo. P. Horner, miembro de la Congregacion del Espíritu Santo y del Sagrado Corazon de María, y Prefecto apostólico de Zanzibar, en el Africa oriental.

»El M. Rdo. P. Horner predica el Evangelio hace largos años con el celo de un apóstol en aquellas lejanas comarcas, sumidas en las tinieblas del mahometismo ó del paganismo, y ha tenido la satisfaccion de ver sus trabajos, y los de otros misioneros que comparten con él las fatigas de esta obra apostólica, coronados por los resultados más satisfactorios.

»Los pobres negros escuchan con la mejor voluntad las enseñanzas de los ministros de Dios, y abrazan gustosos una religion que les revela la verdadera dignidad del hombre y les promete la felicidad de la vida futura.

»El Prefecto apostólico de Zanzibar es principalmente conocido por una excursion que ha hecho al Zanguebar. Ha publicado sobre este viaje una relacion tan interesante como estimada en el mundo sábio.

»El M. Rdo. P. Horner habita en el Seminario francés, dirigido por los Padres de la Congregacion á la cual pertenece.

»El 3 de Mayo último por la noche, Pio IX le ha otorgado el honor de admitirle en su presencia.

»El misionero se arrodilló á los piés del Vicario de Jesucristo. Pio IX le invitó con la mayor amabilidad á que se levantase, despues de haberle estrechado afectuosamente la mano.

— ¡Ah! le dijo Su Santidad, es una noble mision la de convertir el Africa; es necesario que tomeis á San Agustín, á este gran africano, por vuestro modelo. Es necesario cercar el Africa, y sobre todo penetrar en el interior; es necesario inducir á muchos jóvenes sacerdotes para que os acompañen. ¿Cuándo partís? añadió Su Santidad.

(1) Extracto del *Journal de Florence*.

—»Dentro de algunos días, Padre Santo, por Brindis y el canal de Suez.

»Como Pio IX se había dignado admitirle en su alta benevolencia, el misionero, con dulce familiaridad, se permitió decirle sonriéndose:

—»Santísimo Padre, en vista de la *civilización* que se desarrolla alrededor de Vuestra Santidad, ¿no le da envidia de ir á Zanzibar?

—»¡Ay! respondió el Padre Santo, pero está bastante lejos y soy muy viejo; eso se queda para vos, que sois aún joven.

»El Rdo. P. Horner dió en seguida cuenta á Su Santidad de la impresion producida en el corazon de sir Bartle Frere por la audiencia que obtuvo del Padre Santo en el año último, impresion que no se ha notado bastante por los católicos, y que, sin embargo, sirve de elogio tan bello en favor de nuestro glorioso Pontífice.

—»Santísimo Padre, le dijo el misionero, permitidme que os diga una sola palabra que caracteriza la impresion tan dulce y favorable que sir Bartle Frere ha llevado de la audiencia que Vuestra Santidad se dignó concederle. Sir Bartle Frere, que vino, como sabe Vuestra Santidad, de Zanzibar en calidad de ministro plenipotenciario cerca de S. M. la Reina de Inglaterra para abolir la trata y la esclavitud, ha dicho á todo el que ha querido oírle: «El día más feliz de mi vida ha sido aquel en que fuí recibido por el Padre Santo.» Y para probarlo, nos distribuyó con indecible placer fotografías de Vuestra Santidad.

»El Padre Santo respondió:

—»¡Ah! sí, sir Bartle Frere es bueno; mas no se ha convertido al catolicismo.

»Después de haber dado sobre su mision algunos pormenores que interesaron vivamente á Su Santidad, el Rdo. P. Horner añadió:

—»Santísimo Padre, se va haciendo tarde y no quiero abusar de vuestra bondad. Permitidme que os pida vuestra bendicion para mi familia, para la Alsacia, para...

»Al oír la palabra *Alsacia*, el Padre Santo le interrumpió y le dijo risueño.

—»¡Ah! ¿sois prusiano?

—»No, Santísimo Padre, replicó él con cierta vivacidad; no soy prusiano: mi país ha venido á serlo, pero yo permanezco siendo francés.

»Pio IX, viendo en él un ejemplo de la repugnancia que muestra todo buen católico de la Alsacia á hacerse prusiano, insistió en tono festivo:

—»¡Ah, sí, sois prusiano! ¡debeis decir sencillamente que sois prusiano!

»La insistencia con que el misionero se defendía, alegró mucho al Soberano Pontífice.

»El M. Rdo. P. Horner volvió á seguir su frase entrecortada:

—»Santísimo Padre, dijo él, os pido también vuestra bendicion para todos los miembros y todos los bienhechores de la mision; sí, para todos los miembros de la mision, y principalmente para todos sus bienhechores, sin exceptuar uno solo.

»Sonriéndose un poco de su insistencia el Padre Santo, añadió:

—»¿No os habeis olvidado de algun bienhechor?

—»No, Santísimo Padre; yo pido vuestra bendicion para todos.

—«Sí, *mío caro*, continuó el Papa con una bondad afectuosa; sí, yo os la daré para todos de todo corazón.

•Al punto el misionero se puso de rodillas, y recibió la bendición apostólica para todos los que le son amados.

—«Ah! nos decía al comunicarnos estos pormenores, soy muy feliz por haber recibido la bendición de Pio IX para los numerosos bienhechores dispersos en los cuatro extremos del mundo; y sería sobre todo si pudiera transmitirles esta buena nueva como débil testimonio del profundo reconocimiento que hacía ellos abrigo en mi corazón de misionero.

»La misión de Zanzibar ha encontrado, en efecto, eco entre los generosos corazones de Europa y del Nuevo Mundo, puesto que ha rescatado de la esclavitud un gran número de niños para otorgarles los beneficios de la libertad cristiana.

»Hablando de la abolición de la trata, el Padre Santo dijo al P. Horner: «*Mío caro*, no os engañais, la trata se ha abolido oficialmente, pero continuará aún largo tiempo.» La perspicacia de Su Santidad admiró al misionero, el cual le dijo que era, desgraciadamente, también su convicción.

—«A los ingleses, que han abolido la trata en Zanzibar, es preciso rendirles el homenaje que les es debido, dijo Pio IX; los ingleses son buenos en las colonias y dejan obrar con libertad á los misioneros.

»Después Su Santidad preguntó al misionero si era la primera vez que venía á Roma.

—«Sí, Santísimo Padre, replicó él; es la primera vez que he tenido la felicidad de ver á Vuestra Santidad, así como á la Ciudad Eterna.

—«En este caso, dijo Pio IX, es necesario que os de un recuerdo.

»Le dió un magnífico medallón de plata, que ostentaba de un lado su retrato y de otro la basílica de San Lorenzo.»

Aniversario del nacimiento de Pio IX. De muy ilustrada persona hemos recibido la carta siguiente:

«Sr. Director de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

»Muy señor. mío: Con verdadero placer voy á reseñar hoy sucintamente la función religiosa que en acción de gracias á Dios por haber prolongado la preciosa existencia del gran Pio IX hasta permitirle alcanzar el 28.º aniversario de su coronación, tuvo lugar el Domingo 21 del corriente mes en la real iglesia de San Isidro en esta capital.

»Su Santidad había facultado al prelado celebrante, Excmo. Sr. Obispo de Archis, para que diera en la misa la bendición papal, y se dignó conceder indulgencia plenaria á los fieles que la recibieran habiendo confesado y comulgado. Con tal motivo, tanto en la iglesia donde se celebraba la solemnidad referida como en las demás iglesias y capillas de Madrid, fueron muchos los fieles que recibieron la sagrada comunión.

»Durante la misa de pontifical estuvo el espacioso templo de San Isidro completamente lleno, siendo notable el concurso de todas clases que durante todo el día estuvo en oración y velando al Santísimo Sacramento.

»Entre las muchas personas distinguidas por sus conocimientos científicos ó literarios ó por su posicion social que allí se encontraban, recordamos á los Sres. Tejada, Vazquez Queipo, La Fuente, Marques de Monistrol, Moyano, marqués de Pidal, conde de Superunda, Orti y Lara, Moreno (D. Domingo), Carbonero y Sol, Sota y Lastra, marqués del Valle de la Paloma, Godró, Nacarino Bravo.

»Las Señoras de la Asociacion Católica tuvieron á su cargo las mesas de petitorio, y varios individuos de la Academia de la Juventud Católica discurren por el templo, por mañana y tarde, pidiendo para Su Santidad, como aquellas señoras; siendo el resultado total de la cuestacion la cantidad de 17.068 rs., de ellos 582 en ínfimas monedas de cobre; lo cual demuestra que todas las clases de la sociedad española, animadas por ardiente catolicismo, contribuyen á socorrer las desgracias de la Iglesia y á proveer en cuanto puedan á las grandes necesidades que hoy tiene la Santa Sede. Es en verdad hermoso espectáculo para quien de católico se precia ver el celo y la solicitud con que las ilustres damas de la aristocracia, siempre dadivosas cuando se trata de favorecer á los necesitados, acuden con sus donativos al alivio de la aflictiva situacion del Romano Pontífice; pero llena al alma de júbilo contemplar cómo el pobre que implora la caridad pública á la puerta del templo va á depositar su óbolo en bandejas que contienen gruesas cantidades aisladamente consideradas, ya que no puedan tenerse por tales poniéndolas en relacion con el objeto á que son destinadas. A vista de estos ejemplos y casos prácticos, numerosos por fortuna, se comprende cómo el catolicismo, llegando á todos los corazones con sus divinas máximas, es la única doctrina fundamental que puede armonizar los encontrados intereses y hacer de la sociedad, sin igualtarias utopias, una sola familia.

»Si Vd. se sirve insertar estas líneas en su Revista, se lo agradecerá su afectísimo S. S. Q. S. M. B. V. A»

Narraciones populares por Trueba. El nombre del autor basta á recomendar su nuevo libro. La gracia y sencillez, ya proverbiales en sus escritos y la sana y profunda intencion moral que nunca falta en ellos, los hacen dignos de la acogida universal que tienen, y de la recomendacion que de ellos hacemos á nuestros lectores. En su lugar hallarán el anuncio de esta obra.

Nueva produccion del Sr. Pedrosa. Con el título de *Nubes y Flores* ha dado á luz el Sr. D. Fernando Martínez Pedrosa una interesante coleccion de poesías que cautivan el ánimo de los lectores y que recomendamos á los de nuestra Revista. Tambien en su lugar respectivo puede verse el anuncio del nuevo libro, que lleva un prólogo de Campoamor.

LA HOJA POPULAR. Con este número de la Revista se publica el 22 de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirán dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad. Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion, que continuará en adelante en los periodos y forma convenientes.

Así se ven confirmados constantemente con hechos expresivos los ofrecimientos de «*La Defensa de la Sociedad.*»